



"In manus tuas Domine, commendo spiritum meum."

Con estas últimas palabras sobre sus labios —las mismas pronunciadas por Jesús cuando se disponía a consumir la ofrenda de su vida— se presentó, el 9 de agosto de 1981, al llamado definitivo del Padre, nuestro querido hermano el sacerdote **AMADEO JOSE LUIS ALEXANDER**.

Había nacido en La Plata, provincia de Buenos Aires, Argentina, el 30 de abril de 1911. Fueron sus padres Amadeo José y Antonia Pisano, artífices de una familia en la cual, como en terreno propicio, brotó la vocación de Amadeo José Luis.

Ingresó en la Casa de Formación de Bernal el 16 de diciembre de 1920. Consagró para siempre su vida al Señor en la Congregación Salesiana el 24 de mayo de 1933. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de setiembre de 1936, de manos del recordado Mons. Nicolás Esandi, uno de los dos primeros obispos salesianos de la Argentina.

Apóstol infatigable, trabajó con tenacidad y alegría en diversas casas salesianas de la Capital Federal y de la Provincia de Buenos Aires. Fue Director de la Comunidad de Santa Rosa, provincia de La Pampa. En esta Casa de Mar del Plata actuó durante 21 años, desempeñando los cargos de Profesor, Rector, Encargado de Exalumnos y Vicario.

Obtuvo de Dios aquel conjunto de dones humanos que hacen al hombre connaturalmente amable y amado por sus semejantes y ofrecen al ministerio del sacerdote una base de inapreciable valor y eficacia.

La alegría que sabía mantener para sí y difundir entre los demás aún en las horas de cansancio y amargura, emanaba natural y espontánea de sus palabras, gestos y actitudes.

Su capacidad para la amistad límpida, profunda y duradera era extraordinaria, lo que le permitió sembrar eficazmente el bien entre sus innumerables amigos.

La sinceridad y la expansión en el trato lo acompañaron en toda circunstancia. Entre sus papeles dejó escrito al respecto: "Uno de mis

defectos (de los muchos que tengo) es el de haber sido excesivamente sincero y expansivo. Siempre mis hermanos han sabido de mis propios labios mis problemas de toda índole, mis dificultades, mis alegrías...".

Cuidó en todo momento la precisión y el orden en cada una de sus cosas, enaltecéndolos hasta transformarlos en expresión de la misma caridad: "Para abreviar la tarea de mis hermanos", tituló un sobre en el cual dejó reunida y sistemáticamente ordenada su documentación personal y descrito con delicada y fina prudencia su "currículum" salesiano.

Sobre esta rica base humana y simultáneamente con ella fue desarrollando su vocación religiosa y sacerdotal, desarrollo que se encarnó en una fidelidad consciente y constante al llamado divino en su totalidad y en sus detalles.

Esta fidelidad se manifestó en toda su plenitud durante las pruebas y sinsabores no pocos ni leves —por lo demás mantenidos siempre cuidadosamente ocultos— con que el Señor se complugo en visitarlo en diversas ocasiones: "También esta de hoy —escribe comentando una de aquellas visitas—, la he aceptado y se la ofrezco a Cristo. Vale poco, pero El sabrá aceptarla y darme fuerzas para seguir adelante".

Tal fidelidad hallaba luz, vigor y consolación espiritual en una vida de piedad, cuya intensidad sin ostentación alguna de parte suya, era a todos visible: puntualísimo en la oración común; frecuente y constante en acercarse al sacramento de la penitencia; pío, atento y devoto —como lo pedía nuestro Padre Don Bosco en los Recuerdos Confidenciales— en la celebración de la Misa y en la recitación del Oficio Divino; filialmente devoto de María Auxiliadora y propagador activo, entusiasta e iluminado de su culto.

A su vez esta piedad en la que alimentaba el amor a Dios y el amor al prójimo fue además, sin duda alguna, la fuente de donde surgía el empeño, la generosidad, la constancia en sus trabajos e iniciativas apostólicas.

La obediencia religiosa, ya desde la conclusión misma del noviciado, le pidió una vida prácticamente del todo dedicada a la docencia. Y la aceptó con generosidad y sacrificio aún no habiendo tenido oportunidad para hacer estudios regulares, hecho que engendró en él un cierto complejo de inferioridad, por él mismo sinceramente reconocido y nunca del todo completamente superado: "Me avergüenza decir que sólo tengo un sexto grado aprobado. . . . Estoy cansado —escribió en sus últimos días, ya casi consumido por la enfermedad— y admiro a aquellos que no se cansan, que están frescos, y me pregunto si lo mío no será pereza, modorra, espíritu de comodidad. Agradeceré siempre a la

Congregación que me haya hecho trabajar desde muy joven. Más que ser algo me gustó hacer algo, ser útil. No creo haber comido jamás el pan "a tradimento". Desde maestro en 1927 con sólo un primer año normal mal hecho, hasta profesor, con una indudable dosis de inconciencia pero con inmensa buena voluntad".

Mas a pesar de esta situación objetiva, gracias a su esfuerzo personal, se capacitó —auténtico autodidacta— hasta el punto de poder dictar clases en los cursos secundarios y desempeñar con satisfacción general la rectoría de los mismos aún y especialmente en años difícilísimos, como aquellos en los cuales no era raro encontrar entre los alumnos que frecuentaban nuestro Colegio, elementos que formaban parte de organizaciones subversivas.

Preparaba sus clases escrupulosamente, año tras año y día tras día, y las dictaba con serenidad, encarnando en su trato con los alumnos especialmente en la asistencia salesiana que ejercía ininterrumpidamente entre los mismos —en sus cuarenta años de docencia por más de treinta actuó como consejero escolar— las características propias del maestro que ha asimilado plenamente lo que del mismo exige nuestro Sistema Preventivo.

Este trato eminentemente salesiano con los alumnos, lo llevó a seguirlos después que los mismos egresaban del Colegio.

Así fue como la asesoría de los Exalumnos, que ejerció con entusiasmo, dedicación y alegría en todos los colegios en donde estuvo, vino a ser la continuación de la obra de formación humana y cristiana comenzada en las aulas escolares.

Aún sin posponer estas actividades tan típicamente salesianas, a otras que podrían desalentarlas, presentándose a primera vista como más eficazmente evangelizadoras, supo hallar tiempo y energías para dedicarse también a ellas.

Preparaba, en efecto, cuidadosamente el anuncio y la proclamación de la palabra de Dios, especialmente en las homilías dominicales; era asiduo y se hallaba siempre disponible para el ministerio de las confesiones, habitualmente reservó, para sí, hasta la vigilia misma de su muerte, la preparación de los niños a la Primera comunión.

Un día dijo: "Quiero morir dando clase". Y a fines de 1980, sus alumnos lo vieron en el último día de clase acercarse fatigado y lento a la cátedra para dictar su última lección. La última en el aula. Luego la dolencia y la enfermedad lo convirtieron en un nuevo y paciente maestro. Era ésta su postrera, su gran lección magistral: la de aquel que busca unir su voluntad con la de Dios, en el gozo de la entrega definitiva; su último sacrificio, el sacrificio del grano de trigo que se dispone —como lo dijo y lo hizo Jesús— a morir en la tierra a fin de dar frutos dignos y abundantes para la vida eterna.

Durante la enfermedad, larga, dolorosa y mortificante, se manifestaron sublimados todos los múltiples aspectos de su vida religiosa, sacerdotal y apostólica.

Todo lo sobrellevó, desde las graves y dolorosas operaciones quirúrgicas hasta las molestísimas curaciones, sin lamentos, en la fe, afinando día tras día la consonancia de la propia voluntad con la voluntad del Señor.

Lo admiraron hermanos, médicos y enfermeros.

Murió en la majestuosa serenidad de la paz tanto del cuerpo como del espíritu.

El aprecio y el cariño de que gozaba en todos los ambientes donde había actuado, se pusieron de manifiesto a través de la multitud de gente, realmente impresionante, que asistió a la Misa de cuerpo presente.

La Concelebración, de la cual participaron tanto el nuevo como el antiguo Padre Inspector, junto con numerosos hermanos de las comunidades vecinas y otros sacerdotes del clero regular y diocesano, fue presidida por el Obispo de la Diócesis, Mons. Rómulo García, quien quiso, además, pronunciar la homilía en la Liturgia de la Palabra.

A nosotros, tras haberlo despedido fraterna y piadosamente al inhumar sus despojos mortales en espera de la resurrección futura, nos queda el testimonio de vida evangélica que nos ha dejado y el deber fraterno de recordarlo en el afecto y la oración.

Por ello cerramos esta semblanza elevando con cariño al Padre de las misericordias y de la esperanza que no engaña, la misma plegaria que el querido Padre Alexander tenía constantemente ante los ojos en lugar privilegiado de su escritorio:

“Bendito seas, Señor, por tu infinita bondad; porque pones con amor sobre espinas de dolor rosas de conformidad.

Por eso, Dios y Señor, porque por amor me hieres, pruebas con mayor dolor a las almas que más quieres.

Porque sufrir es curar las llagas del corazón, porque sé que has de dar consuelo y resignación a medida del pesar.

Por tu bondad y tu amor, porque lo mandas y quieres, porque es tuyo mi dolor: ¡Bendita sea, Señor, la mano con que me hieres!”

ROQUE CELLA

Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sacerdote **AMADEO JOSE LUIS ALEXANDER**, nacido en La Plata (Pcia. de Buenos Aires), ARGENTINA, el 30 de abril de 1910. Muerto en Mar del Plata (Pcia. de Buenos Aires), Argentina, el 9 de agosto de 1981.